

dables para mí a pesar de todo, aunque tenía confusa idea del hundimiento de mi casa de huéspedes y del hundimiento de mi propia hija, pero gracias a aquellas distracciones conseguía olvidar el deseo que tenía del fantasma de mi marido y hasta olvidaba la tragedia de estar dejando de ser mujer, que siempre me ha atormentado y confundido, porque, ¿cómo adaptarse a la nueva existencia, cómo soportar todo lo malo de la vida sin nada que verdaderamente consuele? Yo pensé que sólo el rubín negra podía hacerme más llevadera o alguna otra marca de licor más fuerte que llegara a conocer y que mi estómago pudiera resistir. Ahora, una vez consumada la transformación y convertida en un pedazo de leño, sé que puede aguantarse todo y si siquiera bebo, convertida en una dueña un poco pesada hecha toda remilgos, lo que aunque a mí me aburre, quizá pueda ser útil a nuestro pimiento con sus diecinueve años a la que no estoy dispuesta a dejar hacer las mismas tonterías a las que arrastré a mi propia hija, víctima entonces yo de los trastornos del cambio, que son como una locura embobadora y transitoria, en que no se puede mirar de frente a las cosas y en que una realmente cree que en cuanto la puerta se cierra, todo habrá concluido y no valdrá la pena de vivir. La pobre hija mía debía haberse dado cuenta de que su madre no andaba bien, pero ella tampoco tenía nada que la sujetara, así que el protervo bailarín cuando vio que lo de las onzas ultramarinas era una ficción, que la pensión se había quedado vacía y que el vientre de la niña cada día estaba más lleno, se largó dejándonos sumidas en una negra desolación. Pero yo en seguida empecé a pensar que lo bueno de su huida era que a mi hija no se la hubiera llevado para chulearla, algo que la pobre entonces debía estar como resignada. Yo la hice ver lo que debía a su pobre madre que tanto se había sacrificado por ella y cómo era mejor que consagrara sus días a la educación del pobre hermosísimo y también hembra y al ornato de la casa—pensión que, aunque venida a menos por el ajuamiento de los trapajos pasados de moda con que yo cursivamente la había ataviado, todavía disponía de los elementos indispensables para la alimentación, reposo y cuidado de honestas personas. Comenzó entonces a venirme otra clase de clientela a la que, viniendo tras los pasados devaneos, nos esforzamos en entender mi hija y yo, calificadas ya las dos de viudas, para lo que de nuevo tuvo que vestirse de negro mi hija que le iba de maravilla y como viuda extraoficial siguió cosechando éxitos ahora mucho menos cacareados, mucho más discretamente conducidos, mucho más productivos económicamente y

que a ella también le daban la satisfacción de saber que colaboraba a la educación y entretimiento de la nieta que, como he explicado antes, nos gana a nosotras dos en ese carácter femenino que la ha transmitido el perdis y simpatía de su afinado padre, con lo que al verla nosotras con nuestra prestancia y belleza más el plus de su afinada confesión, se nos hace la boca agua y no sabemos a qué santo encomendarnos para que esta obra maestra de todos nuestros pecados no se nos malogre sino que, totalmente abierto el capullo escantador que ahora representa, logre obtener el riquísimo fruto que sin dudarlo merece.»

¡Oh qué felices se las prometían los dos compañeros de trabajo al iniciar su marcha hacia las legendarias chabolas y campos de cultura y ratología del Muecas! ¡Oh qué compenetrados y amigos se agitaban por entre las hordas maritimesas el investigador y el mozo ajenos a toda diferencia social entre sus respectivos orígenes, indiferentes a toda discrepancia de cultura que intentara impedirles la conversación, ignorantes de la extrañeza que producirían entre los que apreciaban sus diferentes caraduras y atuendos! Porque a ambos les unía un proyecto común y los dos tenían el mismo interés—aunque por distintas razones— en la posible existencia de auténticos ratones descendientes de la estirpe selecta portadora hereditaria de cánceres espontáneos desarrollados en el pliegue inguinal conducentes a la muerte inexorable del animal, si bien no antes de que, alcanzada la edad de la reproducción, nacieran de ellos múltiples animáculos de análogo aspecto al del hombre —a pesar de sus diferentes dimensiones— dotados como nuestros semejantes de hígado, páncreas, cápsulas suprarrenales y de Hlato de Winiślow, los que pudieran ser sucesivo motivo de mediación científica y quizá de inesperados descubrimientos de las causas del supremo mal.

La mañana era hermosa, en todo idéntica a tantas mañanas madrileñas en las que la cínica candidez del cielo pretende hacer ignorar las lacras estruendosas de la tierra. Por las calles recién lavadas por la brigada municipal, relictos los granitos trasladados desde la lejana Sierra y hechos trozos cuadrangulares por ejércitos de incansables canteros, colocados después mediante técnica difícil con ayuda de agua, arena y una barra de hierro (más tarde, llegada la decadencia del oficio, también con algo de cemento líquido en los intersticios), discurría una abundante turba de individuos de diversos

oficios todos ellos mal vestidos y sólo algunos afeitados recientemente. Los trajes de los viandantes de colores indefinibles entre el violeta pálido, el marrón amarillento y el gris verdoso, aparecían en esta ciudad de tal modo desvaídos y lacios que no puede atribuírse su deslucido aspecto únicamente a la pobreza de los moradores—con su consecutiva, escasa y lenta renovación de guardarropasino también a los efectos purificadores de índole química de un aire especialmente rico en ozono y a los de índole física de una luminosidad poco frecuente, persistente durante un número de horas apenas soportable para individuos de raza no negra. Realmente, los ciudadanos de referencia deberán utilizar algodones made in Manchester de color rojo rubí, azul turquí y amarillo alhelí de grandes manchas y dibujo guacheado con los que la turgencia de las indígenas quedaría mejor parada y la tez cetrina de los hombres alcanzaría todo su plástico contraste. Esto iba meditando D. Pedro sin comunicar tales pensamientos a Amador que quizá no hubiera podido elevarse a la consideración de tales leyes cromático-geográficas sino que hubiera sugerido más simplemente el consumo de adecuados líquidos reparadores de la fatiga en cualquiera de las numerosas tabernas que se abrían invitadoras a su paso a través del paisaje urbano.

Pero aún parecía lejos esta idea del caletre científico y Amador resolvió suspender la sugerencia hasta ver llegado el momento oportuno bajo las especies de sutiles gotas de sudor en la frente del sabio o un resoplido más pesado en su alentar todavía inaudible.

Las gentes—casando mal con la proverbial idea de su incuria y pereza—se aglaban rápidas bajo la cúpula mentirosa. Iban descendiendo por la calle de Atocha, desde los altos de Anton Martín, más allá de los cuales había ido a buscar Amador a su querido investigador y amo arrancándole de la penumbra acogedora de la casa de huéspedes, antro oscuro en que cada día se sumergía con alegrías tumbales y del que matinalmente emergía con dolores lúcinios. Acertó todavía a percibir Amador rastros poco precisos pero inquietivos de las protecciones afectivo-visceralas que en aquella casa recibía su investigante señor. Una mano blanca, en el extremo de un blanco brazo, manejó con cautela un cepillo sobre sus hombros. Unos gruesos labios, en el extremo de su rostro amable, mostraron recomendaciones referentes a la puntualidad, a los efectos perniciosos del sol en los descampados, a la conveniencia de ciertas líneas de tranvías, a la agilidad de ciertos parásitos que con soltura saben

cambiar de huésped. Una voz musical, desde lejos, entonó una cancióncilla de moda que el investigador pareció escuchar con sonrisa ilusionada de la que, por el momento al menos—dedujo Amador—la más elevada capa de su espíritu era inconsciente.

—¿Has traído la janta?—dijo D. Pedro escrutando el envoltorio que llevaba Amador bajo un periódico del día anterior con el objeto de que no se hicieran evidentes las muestras de la existencia de los progenitores de los ratones supuestos sobrevivientes que hoy iban a requerir, que su prisa más que su incuria había impedido fueran totalmente raídas como—sinceramente—creía que hubiera sido su deber, y añadió:

—¡Vamos!—mientras Amador retrasadamente contestaba: «Sí, sin parar mientes en la inutilidad de la respuesta pues, ¿qué otro objeto oblongo, de tales dimensiones y liviano peso pudiera haber colocado bajo su brazo en aquella mañana todavía un poco acalorada?»

Mujeres también bajaban y otras subían por la cuesta, a cuyo fondo se veía la Glorieta con el acostumbrado montón informe de autobuses, tranvías, taxis con una tira roja, carritos de mano, vendedores ambulantes, guardias de tráfico, mendigos y público en general detenido con un oculto designio que nada tenía que ver probablemente ni con la llegada de un próximo tren a la estación alliyacente, ni con su inverosímil visita al no lejano Museo de Pinturas, ni con la irrupción a brazos de las asistencias en la imponente mole de cualquiera de los hospitales circunvecinos. Ninguna de estas mujeres era advertida por D. Pedro, que aún parecía paldear el recuerdo del brazo blanco y de la voz tímida no pertenecientes al mismo ser, pero ambos de sexo hembra, abandonados recientemente, y todas lo eran por Amador. Seguro de su sexo éste, después de haberse probado a sí mismo su constante consistencia en mil batallas nunca perdidas desde los campos de pluma de los inmemoriales años de la adolescencia (si de adolescencia puede calificarse esa edad en los muchachos de su clase), no le eran obstáculo ni su atuendo de más difícil descripción colorística que los ropajes de la mayor parte de los pasantes en aquella hora menestril, ni el porte del extraño bulbo—aun cuando el misterio de su contenido evidentemente mejorase su posición para la fascinación erótica—, ni su clara condición subalterna y hasta servil respecto del abstraido compañero, ni la escasa belleza de su rostro en el límite de los tres días con sus noches de crecimiento vegetal de las pilosidades, para lanzar miradas de entendimiento y hasta palabras de aprobación a

cuantas muchachas apeteckles se le cruzaban, algunas de las cuales, a juzgar por su aspecto, gozaban de un nivel económico, profesional y hasta amoroso conquistante superior al suyo. Don Pedro hacía caso omiso de estas actividades marginales de su secunaz y habiendo por fin abandonado el paladeo inconsciente de cuantos tesoros ignorados había dejado en el tugurio habitacional, e iniciando el placer previo preparatorio para el momento de su coincidencia con los sujetos de experiencia deseados, imaginó las posibles consecuencias de la degeneración a que la cepa MINA debía haber llegado motivada tanto por la casi inevitable posibilidad de un cruce espurio en lugar del eugénico estrictamente incestuoso, cuanto por el ambiente en exceso diferente del illinoico original y los caprichos casi inimaginables de la dieta con que el Muecas conseguía mantener vivos—caso de que lo hubiera conseguido—a los maravillosos animalitos. La composición de esta dieta no era sino el resultado de una función exponencial de ignorado grado y un número indefinido de variables entre las que pueden señalarse a título meramente provisional: los ingresos en metálico del Muecas y de los diversos miembros de su familia, la presunción (como probable o no) en la mente del citado Muecas de una hipotética venta del ganado, el apetito a la hora de comer del Muecas y su cónyuge, la ternura de corazón (dependiente quizá del asedio más o menos viscoso de sus terrícolas adoradores) de sus dos retoños ya menstruantes, la flora espontánea de la región habitada por la familia según la época del año, y como componente esencial, la composición cualitativa de los detritus arrojados en un basurero próximo (apenas distaba tres kilómetros de la chabola) por los carros de una cooperativa familiar de recogida de basuras que concertara—en su día—con el Muecas su aprovechamiento alimentario. Una raza de ratones cancérgenos degenerada y superviviente milagrosamente a pesar del minúsculo para la época de la escasez crítica decretado por F. D. Muecas, enderezada al logro de una supervivencia imposible en el ambiente regalado del laboratorio había de ser una raza muy considerable. ¡Oh cuán plástica la materia viva; siempre nuevas sorpresas alumbraba para quien las sepa ver! ¡Oh cuántas razas de estorninos diferentes, convertidas ya en subespecies, pueden poblar los bosques fragmentados de un archipiélago! ¡Oh qué posibilidad apenas sospechada, apenas intuíble, reverencialmente atendida de que una—con una bastaba—de las mocías púberes toledanas hubiera con- traído, en la cohabitación de la chabola, un cáncer inguinoaxilar

totalmente impropio de su edad y nunca visto en la especie humana que demostrara la posibilidad—¡al fin!—de una transmisión vírica que tomó apariencia hereditaria sólo porque las células gaméticas (inoculadas ab ovo antes de la vida, previamente a la reproducción, previamente a la misma aparición de las tumescencias alarmantes en los padres) dotadas de ilimitada inmortalidad latente, salían al vacío entre las generaciones e incluyen su plasma íntegro—con sus inclusiones moribúgenas—en el límite-orígen, en el huevo del nuevo ser!

Pero, por el momento, agradable era el descenso por la cuesta de Atocha, sólo hombres feos y mujeres atractivas aunque sucias eran visibles para el sabio y ninguna imagen de auténtico ratón irritaba la gelatina sensible de sus ojos. Iban bajando y Amador maldecía la dirección de la marcha que hacía tanto menos probable la fatiga del reflexionante y con ella la entrada en alguna de las tabernas de allá abajo que junto a la aglomerada y promiscua Glorietta aparecen su tuffillo sinceramente embriagador, y que al estómago es lo que el filtro medieval era para el amor, de los calamares fritos en aceite de oliva recalentado del día anterior y de tres o cinco días antes. Gracias a la potente fritada y al poder calórico que el aceite hirviendo alcanza los ésteres volátiles de la iniciada putrefacción de los calamares son totalmente consumidos (cual compuestos termolábiles que son) y la materia, así transformada, se ingiere sin peligro alguno y con evidente delicia.

Según descendían por la ancha calzada iban dejando a un lado y a otro abiertos portales y preparadas mercancías sobre las baldas de los escaparates de las tiendas de mil especialidades diferentes. Allí podía ser todo deseado, desde prendas interiores de señora confeccionadas a precio de saldo de color blanco, rosa, morado apretijadas contra el vidrio en confusos montones y grandes mentiras de rebajas hasta clavos de cabeza cuadrada, vasos de plástico, platos de colores y objetos de regalo tales como una diana cazadora en porcelana basta de color gris, un donquijote en latón junto a un sancho panza plateado montados con tornillos en un bloque de vidrio negro, un tintero—escribanía forrado de cuero con trabajos al fuego, un pisapapeles de vidrio con conchas marinas nacaradas, un marco de retrato hecho con cachitos de espejo y su avagartner dentro, un juego—en fin—de siete cacerolas rojas en disminución artificioosamente colocado. Otras tiendas de aspecto más nocivo no eran sino farmacias y droguerías donde amarilleaban a la venta to-

dos los insecticidas del globo, amén de abundantes balsámicos y jarabes para la tos de mil laboratorios diferentes alguno de los cuales estaba allí instalado en la misma trastienda con olvido de todas las normas de producción de la ciencia farmacéutica. Sobre alguna de estas farmacias, cubriendo los viejos balcones de hierro de época anterior a la subida de precio de la fundición, se extendían largos y anchos carteles blancos con letras grandes como zapapillas en las que se leía: Fimosis, Sífilis, Venéreo, Consultorio económico. Don Pedro, ante estas muestras florecientes de explotación industrial de la ciencia a cuya edificación él mismo colaboraba, no se sentía molesto sino que noblemente consideraba esta proyección sobre el bajo pueblo y la masa indocia de tan sublimes principios, como un hecho en sí mismo deseable. ¿Pues cómo había de suplir el hombre suelto que camina por estas calles a su evidente falta de encuadramiento en los grandes organismos asistenciales de la seguridad social, de los que para ser beneficiario es preciso demostrar la firmeza y solidez de un dado enajenamiento profesional, y a su demasado orgullo para concurrir a consultorios gratuitos por males que provienen no de la pobreza y estrechez de su vida sino de un plus de energía, de vitalidad, de concupiscencia y hasta, en ocasiones, de dinero? No; bien estaban los consultorios a tres duros y bien estaban los lavados con permanganato en la era penicilínica pues al fin y al cabo, prolongando el tiempo de la cura, intensifican la emoción que deben producir en los pechos viriles estos espaldarazos del erotismo recién hallado, cruces dolorosas que, al no estar exentas de heroísmo, dignifican las funciones más bajas de la naturaleza humana, aunque no las menos satisfactorias.

Bien ajeno a este curso de pensamientos humanístico-demoníacos, horro de toda necesidad de higiene en su vida íntima, Amador continuaba el descenso, un paso detrás de su natural señor, con el bullo paralelepípedo puesto del otro lado, sin parar mientes en la riqueza comercial y asistencial que a su lado iba transcurriendo, fija todavía su atención en los cada vez más próximos bares de la Glorieta y en la posible—aunque improbable—detención refrescante en uno de ellos. Se autojustificaba considerando que, si bien D. Pedro solamente había descendido la cuesta, él previamente había tenido que subirla y hasta hubo de madrugar para, cogiendo el metro en el lejano Tetuán de las Victorias en que habitaba, llegar hasta el mismo Instituto de cochambrosa investigación y—recogiendo la jaula—subir luego a pie hasta la pensión habitada por el investigador que,

si bien hacía patente su natural democrático amigo del pueblo trasladándose en persona hasta la chabola del Muecas, mejor lo demostraría aún comprendiendo la urgente necesidad bebestible de Amador que, desde hacía tantas horas, se ajeteaba a su servicio.

—¿Son ésas las chabolas?—preguntó D. Pedro señalando unas menegadas edificaciones pintadas de cal, con uno o dos orificios negros, de los que por uno salía una tenue columna de humo grisáceo y el otro estaba tapado con una arpillera recogida a un lado y a cuya entrada una mujer vieja estaba sentada en una silla baja.

—¿Ésas?—contestó Amador—. No; ésas son casas.

Tras de lo cual continuaron marchando en silencio por un trozo de carretera en que los apenas visibles restos de galipot encendaban trozos de campo libre, en alguno de los cuales habían crecido en la primavera yerbas que ahora estaban secas.

Amador añadió:

—Cuando se vinieron del pueblo yo ya se lo dije, que no encontraría nunca casa. Y ya estaba cargado de mujer y de las dos niñas. Pero él estaba desesperado. Y desde la guerra, cuando estuvo conmigo, le había quedado la nostalgia. Nada, que le tiraba. Madrid tira mucho. Hasta a los que no son de aquí. Yo lo soy, nacido en Madrid. En Tetuán de las Victorias. De antes de que hubiera fútbol. Y él se empeñó en venirse. A pesar de que se lo tenía advertido, que no viniera, que la vida es muy dura, que si en el pueblo es difícil aquí también hay que buscársela, que ya era muy mayor para entrar en ningún oficio, que sólo quieren mozos nuevos. Que, sin tener oficio, iba a andar a la busca toda la vida, que nunca encontraría cosa decente. Todo, todo se lo advertí. Pero a él le había entrado el ansión porque estuvo aquí en guerra. Y nada, que se vino. Todo vino a caer sobre mí. Porque que si somos o no somos primos, que si tu madre y mi madre estuvieron de parto en el mismo día, que si cuando tu madre se vino a Madrid la mía estaba sirviendo en casa del médico y que si eran de venirse las dos; total que me encontré de improviso a toda la familia sobre mis hombros, como aquél que dice. Claro que yo no me apuro y le canto las verdades al huero del alba, que es lo que hice. Porque por de pronto se me metieron en la cocina con un colchón que había traído del pueblo y allí a dormir, todos arrojados. Las niñas estaban así, como mi dedo, tenían unas piernecitas que daba grima verlas. Pero yo no

quise dejarme ablandar. Si sabré yo que la vida es dura, si le habría dicho yo que nanay, que por ahí no. No sé qué se creía que yo le iba a realquilar. Pero cómo voy a realquilar a un amigo si entonces sí que se pierden las amistades para siempre y acabáramos un día a cuchilladas. No por mí, sino por él. Porque aunque le aprecio comprendo que es muy burro. Es exactamente un animal. Y siempre con la navaja encima a todas partes. Entonces, para quitármelo de encima, es cuando le busqué lo del laboratorio, porque él es un negao que nunca habría sabido encontrarse el con qué.

—¿Se colocó en el laboratorio?

—No. Pero yo le puse para que trajera, de donde fuera, las bestias. Él es que no sabía hacer nada, lo que se dice nada. En el pueblo tampoco sabía ni trabajar. Es muy burro, pero un flojo para el trabajo. El que no sepa trabajar por lo menos tiene que tener salero para saberlo buscar. Pero él ni eso. Allá no sé cómo no se moría de hambre. Claro que se ha ido espabilando. Creo que el padre de la mujer tenía una picicita; pues él nada, la malbarató. Y venga con que nos tenemos que ir, nos tenemos que ir, hasta que se vino. La mujer una mártir. Las hijas, luego se han repuesto algo.

—Pero él ¿qué hacía en el laboratorio?

—Lo dicho. Traer las bestias. Los sujetos de la experimentación como decía el difunto Don Manolo. Ir a la perrera y comprar perros no reclamaos, antes de que los reclamaen. O conclabarse con el de la perrera para no devolverlos a los que no tienen con qué y luego sacarse así unos duros. Siempre se tiene más seguro lo que paga el instituto y las propinas que dan algunos señores doctores. El difunto Don Manolo nunca dio propi pero le enseñó mucho. Así aprendió a cazar los perros por su cuenta con lo que se ahorrraba lo del de la perrera. Ganaba a dos paños. Otros, los becaríos del primer año, que quieren acabar su tesis en dos meses, son los que le pagaban los perros más caros, cuando él hacía como que ya no había perros en el mundo y los retrasaba hasta que subían los precios, como un tendero, mientras en la chabola todo el pan se lo comían los perros y las niñas lloraban que era una delicia. Los gatos son más difíciles, pero por fin aprendió. Tenía astucia para eso. En el pueblo lo que él era es furtivo, cada vez que sacaba una escopeta de Dios sabe dónde que nunca tuvo para comprar una. Él goza cogiendo un gato aquí, un perro por allá. Le gustaba coger los caracoles en la vega del Tajo, que los hay. No como en este condenado campo que no da ni para caracoles.

—Y tú ¿por qué no te dedicabas a traer los perros?

—Eso hacía hasta que llegó él. Pero si no le busco salida todavía los tengo encaramados en mi cocina con su colchón y todo. Además yo tengo lo oficial de mi sueldo y para qué más, no hay que ser avaricioso. Claro que le cobro la tarifa.

—¿Cómo?

—Claro: a cada tanto tanto. A cada perro o gato que me vende, como yo soy el que le proporciona, pues tanto. No iba a abusar encima. El me está agradecido y lo paga a gusto, porque a mí nada me era extraño de quitármelo de encima y poner otro. Pero claro que no me tenía hacerlo, porque al fin y al cabo somos como parientes y tiene muy malas pulgas y no me gusta la navaja esa que lleva a todas partes. No. Yo me entiendo con él. Desde que estuvimos juntos en guerra. Lo malo para él fue cuando empezó a hacer lo que no debía hacer. Los perros olvidados de los de las tesis, que en cuanto han hecho la cosa en dos o tres dicen treinta o cuarenta en la refectoria y ponen lo que tenga que salir aunque ellos no lo hayan visto y se olvidan de que tienen un gato con los alambrillos dentro o un perro con su goma colorada dentro de la tripa y hala, hala a ganar dinero. Lo peor fue que él también vino a olvidarlo y es cuando vendió al nuevo un gato con los alambritos y se vino abajo todo el pastel. Ya comprendió que yo tenía que echarle toda la culpa a él. Pero el mediodoble se empeñó en que no pisara más el instituto y para mí es una lata porque tengo que ir a buscar las bestias y tenemos que cambiarlas de jaula en medio de la calle, o en el Retiro, cuando no hay nadie cerca, pero expuestos a cualquier cosa, máximo con los gatos que nunca se acaba de aprender a cogélos.

—Y oye, ¿dónde cría los ratones? ¿Viven todos revueltos? ¿Juegan las niñas con los ratones?

—Las niñas ya no están en edad de jugar sino de otra cosa.

—Pero, ¿podrían contagiarse?

—Y yo qué sé.

—Quisiera saber si han podido contagiarse.

—Eso usted lo verá. Lo que pasa es que, a los pobres, nada se les contagia. Están ya inmunizados con tanta porquería.

~~Algunas noches, Pedro después de cenar se sometía al rito de la tertulia. Era tan amable con estas tres mujeres de la casa. Aquello ya para él no era pensión. Se había convertido en una familia protec-~~

una pausa reanudaba su columpiar. Pedro oía: La primera generación: «Adelante». La segunda generación: «Lo que es por mí...». La tercera generación: «Me gustas».

Y sentía una angustia ligera mientras iba cediendo poco a poco a la tentación.

¡Allí estaban las chabolas! Sobre un pequeño montículo en que concluía la carretera derruida, Amador se había alzado —como muchos siglos antes Moisés sobre un monte más alto— y señalaba con ademán solemne y con el estallido de la sonrisa de sus bellos gloriosos el vallizuelo escondido entre dos montañas altivas; una de escombros y cascote, de ya vieja y explotada basura ciudadana la otra (de la que la busca de los indígenas colindantes había extraído toda sustancia aprovechable valiosa o nutritiva) en el que florecían, pegados los unos a los otros, los soberbios alcázares de la miseria. La limitada llanura aparecía completamente ocupada por aquellas oníricas construcciones confeccionadas con maderas de embalaje de narajas y latas de leche condensada, con láminas metálicas provenientes de envases de petróleo o de alquitrán, con onduladas urlicas recortadas irregularmente, con alguna que otra teja dispersa, con palos torcidos llegados de bosques muy lejanos, con trozos de manta que utilizó en su día el ejército de ocupación, con ciertas piedras graníticas redondeadas en refuerzo de cimientos que un glaciar cuaternario aportó a las morrenas gastadas de la estepa, con ladrillos de «gafas» uno a uno robados en la obra y traídos en el bolsillo de la gabardina, con adobes en que la frágil paja hace al barro lo que las barras de hierro al cemento hidráulico, con trozos redondeados de vasijas rotas en litúrgicas tabernas arruinadas, con redondeles de mimbre que antes fueron sombreros, con cabecezas de cama estilo imperio de las que se han desprendido ya en el Rastro los latones, con fragmentos de la barrera de una plaza de toros pintados todavía de color de herrumbre o sangre, con latas amarillas escritas en negro del queso de la ayuda americana, con piel humana y con sudor y lágrimas humanas congeladas.

Que de las ventanas de esas inverosímiles mansiones pendieran colgaduras, que de los techos oscilantes al soplo de los vientos colgaran lámparas de cristal de Bohemia, que en los patizuelos cuerdas pesadamente combadas mostraran las ricas ropas de una abundante colada, que tras la puerta de manta militar se agazaparan (múldos,

ebúrneos) los refrigeradores y que gruesas alombros de nudo apagarán el sonido de los pasos eran fenómenos que no podían sorprender a Pedro ya que éste no era ignorante de los contrastes de la naturaleza humana y del modo loco como gentes que debieran poner más cuidado en la administración de sus pecaríos medios económicos dilapidan rontamente sus posibilidades. Era muy lógico, pues, encontrar en los cuartos de baño pjaras de cerdos chilladores alimentados con manjares de tercera mano, presuntuosamente cubierta con coña de doncella de buena casa a la hija de familia que allí permaneciera por ser inútil incluso para prostituta, cubierta con una bata roja de raso y calzada con babuchas orientales de alto precio a la gruesa dueña que luce en sus manos regordetas y blancas ocupar sus horas en tílles labores de aguja algunas de las vecinas de aquel barrio —sentadas sobre latas vacías— jugando viciosamente a la brisca con la misma buena conciencia con que honrados trabajadores puedan hacerlo un domingo por la tarde en la taberna, álbumes con colecciones de cromos Nestlé en las manos castigadas por la escrófula de rapaces a su edad ya malolientes, insensibles a toda conveniencia moral matrimonios en edad de activa vida sexual compartiendo el mismo ancho camastro con hijos ya crecidos a los que nada puede quedar oculto, abundancia de imágenes de santos escuchando sin alteración de la tornasolada sonrisa la leanía grandilocuente y magnífica de las blasfemias varoniles, una sopera firmada de Limoges henchida como orinal bajo una cama.

¡Pero, qué hermoso a despecho de esos contrastes fácilmente corregibles el conjunto de este polígono habitable! ¡De qué maravilloso modo allí quedaba patente la capacidad para la improvisación y la original fuerza constructiva del hombre ibero! ¡Cómo los valores espirituales que otros pueblos nos envidian eran palpablemente demostrados en la manera como de la nada y del detritus toda una armoniosa ciudad había surgido a impulsos de su soplo vivificador! ¡Qué conmovedor espectáculo, fuente de noble orgullo para sus compatriotas, componía el vallizuelo totalmente cubierto de una proliferante materia gárrula de vida, destellante de colores que no sólo nada tenía que envidiar, sino que incluso superaba las perfectas creaciones —en el fondo monótonas y carentes de gracia— de las especies más inteligentes: las hormigas, las laboriosas abejas, el castor norteamericano! ¡Cómo se patentizaba el brío de una civilización que sabe mostrar su poder creador tanto en la total au-

sencia de medios de la meseta como en la ubérrima abundancia de las selvas transoceánicas! Porque si es bello lo que otros pueblos —aparentemente superiores— han logrado a fuerza de organización, de trabajo, de riqueza y —por qué no decirlo— de aburrimiento en la haz de sus pálidos países, un grupo achabolado como aquél no deja de ser al mismo tiempo recreo para el artista y campo de estudio para el sociólogo. ¿Por qué ir a estudiar las costumbres humanas hasta la antipódica isla de Tasmánia? Como si aquí no viéramos con mayor originalidad resolver los eternos problemas a hombres de nuestra misma habla. Como si no fuera el tabú del incesto tan audazmente violado en estos primitivos táamos como en los montones de yerba de cualquier isla paradisíaca. Como si las instituciones primarias de estas agrupaciones no fueran tan notables y mucho más complejas que las de los pueblos que aún no han sido capaces de sobreparar el estadio tribal. Como si el invento del bumerang no estuviera tan rotundamente superado y hasta puesto en ridículo por múltiples ingeniosidades —que no podemos detenernos a describir— gracias a las cuales estas gentes sobreviven y crían. Como si no se hubiera demostrado que en el interior del iglú esquimal la temperatura en enero es varios grados Fahrenheit más alta que en la chabola de suburbio madrileño. Como si no se supiera que la edad media de pérdida de la virginidad es más baja en estas lonjitas que en las tribus del África central dotadas de tan complicados y grotescos ritos de iniciación. Como si la grasa esteatopígia de las hotentotes no estuviera perfectamente contrabalanceada por la lipodistrofia progresiva de nuestras hembras mediterráneas. Como si la creencia en un ser supremo no se correspondiera aquí con un temor reverencial más positivo ante las fuerzas del orden público igualmente omnipotentes. Como si el hombre no fuera el mismo, señor, el mismo en todas partes: siempre tan inferior en la precisión de sus instintos a los más brutos animales y tan superior continuamente a la idea que de él logran hacerse los filósofos que comprenden las civilizaciones.

Amador seguía sonriendo con sus opulentos bellos en silencio mientras D. Pedro divagaba absorto en la contemplación de las chabolas. Allí, en algún oculto orificio, inferiores al hombre y por él dominados, los ratones de la cepa cancerígena seguían consumiendo la dieta por el Muecas inventada y reproduciéndose a despecho de toda avitaminosis y de toda neurosis carcelaria. Este pequeño gusano de vida investigable hundido en aquel revuelto mar

de sufrimiento pudoroso le conmovía de un modo nuevo. Le parecía que quizá su vocación no hubiera sido clara, que quizá no era sólo el cáncer lo que podía hacer que los rostros se deformaran y llegaran a tomar el aspecto bestial e hinchado de los fantasmas que aparecen en nuestros sueños y de los que ingenuamente suponemos que no existen.

«¿Qué se habría creído? Que yo me iba a amolar y a cargar con el crió. Ella, "que es tuyo", "que es tuyo". Y yo ya sabía que había estado con otros. Aunque fuera mío. ¿Y qué? Como si no hubiera para mí, que era mío. Se lo tenía creído desde que le pinché al Guapo. Estaba el Guapo como si tal. Todos le tenían miedo. Yo también sin la navaja. Sabía que ella andaba conmigo y allí delante empujea y tocaba los achuchas. Ella, la muy zorra, poniendo cara de susto y mirando para mí. Sabía que yo estaba sin el corte. Me cago en el corazón de su madre, la muy zorra. Y luego "que es tuyo", "que es tuyo". Ya sé yo que es mío. Pero ¿qué me voy a amolar y a cargar con el crió. Que hubiera tenido cuidado la muy zorra. ¿Qué se habrá creído? Todo porque le pinché al Guapo se lo tenía creído. ¿Para qué andavo con otros la muy zorra? Y ella "que no", "que no", que sólo conmigo. Pero ya no estaba estrecha cuando estuve con ella y me dije "Tate, Cartucho, aquí ha habido tomate". Pero no se lo dije porque aún andaba caramelándola. Pero había tomate. Y ella "que no", "que no". Nada, que me lo iba a tragarse. El Guapo tocándola delante mío y ella por el mor de dar celos. Torta. Subí a la chabola y bajé con la navaja. Y miro antes de entrar y ella ya se había retrado de él. No se dejaba tocar más que delante mío, la tonta. Ya nadie se atrevía a darle cara. No tenía navaja o no sabían usarla. El corte a mí me da más fuerza que al hombre más fuerte. Y él delante mío "Esta ja está chocha por mí menda". Me gustan esos que hablan caliente como si por hablar así ya no se les pudiera pinchar. A mí. Y viendo que yo aguantaba y me achaparraba "¡Llévale piva al Cartucho". Y yo no aguantó que me digan Cartucho más que cuando yo quiero. Pero, chito chitón. Yo achaparrar y ella mirándome como si para decir que era marica. Y él "Bueno, si no quiere piva, pañí de muelle". Y viene con el vaso de siñón y me lo pone en las nupies y yo lo bebo. Mirándole a la jeta. Y él, riéndose "Que me hinca los acáis". Y se va chamullando en-

ted sabía a dónde venir a buscarlos. Aquí los tengo, sí señor doctor, a los hijos de los hijos que no quiero llamar nietos, ya que no parece cosa de animales reconocer tanta parentela. Y también a los hijos de los hijos de los hijos.

—Océase los biznietos—rió Amador coreado por Florita, que había dado ya definitivamente al olvido sus rubores desde el punto en que enseñó su escote y en él las marcas que la calificaban como mártir de la ciencia.

—Padre lo ingenió todo. Pero yo y mi hermana las que tuvimos que cargar con la pejiiguera de las ratoncitas.

—Calla, hija. X no hables más que cuando te pregunten. Mira tu madre qué callada está y qué poco molesta. Y, sin embargo, aguantó la misma pejiiguera.

Efectivamente, la redondeada consorte del Muecas, que en contradicción con su marido, gozaba de una acentuada lisa e inmovilidad de rostro, escuchaba como si oyera la interpretación de una sinfonia aquella conversación. Era evidente que a pesar de no entender jota de lo que se decía, gozaba con los sonidos que los presentes exhalaban. Para ser menos engorrosa se había sentado en el suelo y sus piernas redondas, blancas y sin tobillo asomaban bajo la falda de sus múltiples coberturas, mientras mantenía aún firmemente en su regazo el pienso de los milagrosos ratones.

—¿Puedo preguntar cómo les dio usted ese calor natural?—dijo D. Pedro tras unos minutos de asombrosa escucha.

—Puede usted preguntarlo, pero yo no se lo diré por respeto.

—Bueno—terció Amador—. Ya me lo dirá a mí más tarde. Vamos a ver ahora esos biznietos y sepamos si son bastardos o no lo son. Porque si lo fueran, para nada los querremos. Tiene que ser hermano con hermana y a lo más hija con padre.

—Así lo son—afirmó rotundo.

Pero no hubo más. Muecas no quiso enseñar sus instalaciones. Prometió llevar las crías al punto y hora indicados, pero no quiso que se molestaran en penetrar más adelante en su guarida. La curiosidad era demasiado grande para que Don Pedro consintiera ahora en marcharse después de haber bebido íntegra su limonada. Necesitaba llegar hasta el fondo de aquella empresa de cría de ratones que—simultáneamente—era empresa de cría humana en condiciones—tanto para los ratones como para los humanos—diferentes de las que idealmente se consideran soportables. Los olores que tras el colgante velo rojizo llegaban a la zona más densamente habitada

de la chabola, la misma presencia a sus pies de la mole mansa y muída de la esposa, las mordeduras de la muchacha solitaria formaban, junto con la mentalidad científico—razonante del Muecas, un conjunto del que no podía apartarse fácilmente y que quería conocer aunque en el intento hubiera tanto de fría curiosidad como de auténtico interés, tanta necesidad de conseguir ratones para su investigación como concupiscencia por ver la carne del hombre en sus caldos más impuros.

En la parte interior de la chabola del Muecas estaba el campo de cultivo de la raza cancerígena. Cada ratón estaba metido en una jaula de pájaro de alambre oxidado. Estas jaulas habían sido obtenidas en los montones de chatarra y rudamente reparadas por el propio Muecas con ayuda de su hija, la pequeña, que tenía dedos hábiles. Las jaulas estaban colgadas por las paredes de la estancia. En sus comederos blancos de loza, la compañera colocaba el pienso traído en su falda. La pequeña habitación estaba hecha de tableros algo abarquillados por la humedad, pero en lo esencial lisos. Las hendiduras entre los tableros habían sido tapadas con trapos viejos consiguiendo así un compartimiento estanco. Las jaulas estaban colgadas artísticamente al trespollito, procurando una distribución armoniosa de los huecos, de las luces y de las sombras como en una pinacoteca cuyo dueño—excesivamente rico—ha comprado más cuadros de los que realmente caben. En el suelo de esta reducida habitación había un gran colchón cuadrado. Por un lado entraban los cuerpos del Muecas y de su consorte, por el otro lado los más esbeltos de sus dos hijas núbiles. En el pequeño colchón del aposento anterior en que se había sentado D. Pedro, solía dormir un primo que ahora estaba en la muji. Pero seguían durmiendo los cuatro juntos en el colchón grande por varios motivos: porque los cuatro cuerpos juntos elevaban la temperatura de la cámara estanca (así pasaban menos frío, así estaban también mejor los ratones según la teoría del Muecas). Porque ya se habían acostumbrado. Porque al Muecas le agradaba tropezar de noche con la pierna de una de sus hijas. Porque así las tenía más vigiladas y sabía dónde estaban durante toda la noche que es la hora más peligrosa para las muchachas. Porque se necesitaban menos sábanas y mantas para poder vivir, habiendo sido por el momento pignoradas las que utilizaba el mozo en edad militar. Porque el olor de los cuerpos—cuando uno se acos-

tumbra— no llega a ser molesto resultando más bien confortable. Porque el Muecas se sentía, sin saber lo que significaba esta palabra, patriarca bíblico al que todas aquellas mujeres pertenecían. Porque la consorte del Muecas le tenía algo de miedo y no podría soportar sus cóleras sin la problemática ayuda de la presencia muda de sus hijas. Porque la última ratio de la reproducción ratonil consiste en conseguir el celo de las ratoncitas de raza exótica. Porque el Muecas había dispuesto tres bolsitas de plástico donde se metían las ratonas y eran colgadas entre los pechos de las tres hembras de la casa. Porque creía que con este calor humano el celo se conseguía dos veces más fácilmente: por ser calor y por ser calor de hembra. Porque no quería que este proceso de maduración de la mucosa vaginal de las ratonas pudiera interrumpirse si sus rapazas durmieran en la cámara exterior donde filando un adecuado cierre de los huecos entre los tableros y la promiscuidad nocturna, el calor era más escaso. Cuando el celo de la ratona se había conseguido, el Muecas la extraía cuidadosamente de la bolsita de plástico donde había pasado varias noches y la depositaba en la jaula talámica donde el potente garrón era conducido también siempre apto para la cópula y especialmente proclive a ella al percibir los estímulos aromáticos del estro. Esta jaula copulativa estaba tapizada de arpillera aderezada con guata y miraguano, materiales ellos aptos para la construcción del nido pero que luego el Muecas sustrata a las hembras grávidas fuera de la hora del amor, como si pensara que la visión de tales riquezas para el allajamiento del futuro hogar pudiera estimular su entusiasmo afrodisíaco. Una vez iniciada la gestación nunca volvieron a gozar de tales guatas y miraguanos que hubieran encarecido de modo excesivo los gastos de cría, sino que tenían que arreglarse con un poco de paja común en sus aéreos palacetes. Las ratonitas o ratonitos, una vez nacidos, se anunciaban con una música sutilísima de pequeños píos ruseñoriles, mientras que las madres, a diferencia de la especie humana, eran capaces de parir sin gritar en reverente silencio ante los misterios de la naturaleza que en ellas mismas se realizaban. Conseguido este parto pudiendo y a veces nocturno, la mañana de la familia muequil era alegrada por los juveniles píos y las muchachas se reían desde la misma cama, envueltas en sus camisones blancoscuros, sin manga, gritando: «Padre, ya parió la de arriba», «Padre, ya parió la mía, la que me dio el mor-discos», «Padre, ya le dije que estaba mal cubierta, está sólo llena de aire y de indecencia la muy guarrona que comía sin parar y luego

no le dejó al Manolo que estaba todo triste», «¿Qué se habrá creído la muy monja, más que monjal?». Muecas, si había bebido demasiado la noche antes, no hacía caso de los gritos de sus hijas y metía la cabeza otra vez bajo la manta gruñendo mientras que la redonda consorte laboraba en la parte de afuera o había ya partido hacia el montón de basura contratado.

Alegres transcurrían los días en aquella casa. Sólo pequeños nubarrones sin importancia obstruían parcialmente un cielo por lo general rosado. Gentleman-farmer Muecathone visitaba sus citaderos por la mañana donde sus yeguas de vientre de raza selecta, refinada por sapientísimos cruces endogámicos, daban el codiciado fruto purasangre. Ermita órdenes con gruñidos breves que personal especializado comprendía sin esfuerzo y cumplimentaba en el ipso fácto. Vaso de fuerte bebida en mano, chasqueaba la lengua al sentir calorcillo de agardiente en paladar. Sonoros golpes de fusta conseguía en altas botas de cuero. Conversaba después con los notables en lindes de la amplia finca. Pastor, que iba hacia su cura de almas, informaba del ambiente espiritual de su poblado. «Me parece a mí que va a haber llo con lo del desahucio.» Perriquillo aplicador de emplastos, depreciador de comadres insustanciales que pretendían ciencia les aclaraba: «Mientras esas chicas se empecetan en beber las aguas de la Blasa por mor de abortar se pondrán cloróticas o fínicas, pero todo será tripa y mal color. Lo que no sea cirugía es tiempo perdido y acabarán en la desinsectación.» Especulador chablero enriquecido con ventas de comestibles en dosis mínimas, decía que los tiempos eran malos y que las compras de azúcar de diez en diez céntimos sólo llevan al vicio de querer tomar café con leche a toda hora, mientras que ya hay incluso quien hace ascos al boniato y sólo quiere patata y más patata, venga vicio y como si fuéramos un país rico. Con la sacarina podían arreglarse perfectamente y el boniato, además de alimentar, ahorra azúcar, pero ya no saben ni lo que quieren. Arquitecto-aparajador-contratista de chapales, construída como pocos pueden ya, al libre albedrío de su instinto artístico y de acuerdo con la naturaleza de sus materiales. «En aquella pieza yo les haría la suya talmente, con chimenea y todo, por los tres mil reales. Pero dale que no pue ser porque cuando llueve hace charco. ¿Que tendrá que ver el charco si yo les pondría un canalón de teja para que corra el agua? Pero nada, que no quieren charco en su casa. Para tres días que llueve aquí que no

llueve nunca. ¿De qué les sirve ahorrar que es lo que yo digo, si siguen viviendo como sabandijas? ¡Puah! ¡Miseria! Muecas sentía preocupaciones concejiles: «Aquí podríamos dejar, así vacía una placita, para que jugaran los niños. Poniendo una de esas piedras, todo liso y hasta un geranio.» «No, lo que es esas piedras no, que yo ya las tengo reservadas por si se deciden y por decirlo de una vez, son mías. Nadie me las va a disputar a mí.»

Muecas, además del terreno edificado, tenía otros terrenos edificables y un como parque o jardín que rodeaba todo aquello. Un derecho consuetudinario en el que la res nullius había vuelto a surgir por intususepción en las propiedades de un prepotente de la otra ciudad que todavía discutía el valor del pie con la inmobiliaria que un día llegaría con bullozer y camiones, confería una existencia provisional a estas especulaciones de segundo grado, ventas, alquileres, desahucios y permutas, del mismo modo que las propiedades tribales y los usufructos de los campos de caza de los aborígenes resultan incongruentes con la nueva realidad económica cuando al fin llega la auténtica civilización. Pero aquí, en una especie de paradójica marcha inversa, el viejo derecho se encaramaba en los resquicios (no abandonados sino simplemente inatendidos) del vulgar. Como en un ensayo de lo que será la existencia el día en que después de la verdadera guerra atómica, los restos de la humanidad resistentes por algún fortuito don a las radiaciones, hayan de instalarse entre las ruinas de la gran ciudad impregnada y comenzar a vivir aprovechando en lo posible los materiales ya inútiles. Así, los habitantes de aquel poblado veían a lo lejos alzarse construcciones de un mundo distinto del que ellos eran excrementos y parásitos al mismo tiempo. Una dualidad esencial les impedía integrarse como colaboradores o siervos en la gran empresa. Sólo podían vivir de lo que la ciudad arroja: basuras, detritus, limosnas, conferencias de San Vicente de Paúl, cascotes de derribo, latas de conserva vacías, salarios mínimos de peonaje no calificado, ahorros de citadas-hijas fidelísimas. Hacia aquella otra realidad debían encaminarse no obstante todos los días (como sus homólogos aborígenes hacia los campos de caza) y colocándose en los lugares estratégicos cobrar mínimos bofines en las escaleras del Metro, en las mercancías desechadas del mercado, en la sopa boba del Auxilio, en la especulación en piedras de mechero.

El ciudadano Muecas bien establecido, veterano de la frontera, notable de la villa, respetado entre sus pares, hombres de consejo,

desde las alturas de su fructuoso establecimiento ganadero veía a los que —un trapito alante y otro atrás— pretendían empezar a vivir recién llegados, en pingües vagones de tercera, desde el lejano país del hambre. Una certidumbre despreciativa permitía encontrar en los rostros de los coreanos la marca de la ignominia y de la raza inferior. Intuitivamente comprendía que aquellos hombres nunca serían capaces —como él— de elevarse a la dignidad de empresario libre que hace negocios contractuales con una auténtica y legal institución científica de la vecina ciudad aún no destruida por la bomba. Adivinaba al ver sus rostros que pronto o tarde aquellos infrahombres acabarían o simplemente muertos, menguado pasto para los gusanos a través de cualquiera de las complicadas formas del morir hambriento (tuberculosis, escrófula, latitismo, erupitos de sangre, temblor progresivo de los calcañares, dolor de puñalada en el estómago y caer sin haber comido, etc., etc.), o alimentados a expensas del Estado no destruido por la bomba en los altos pabellones rojizos de ventanas iguales y pequeñas que desde allí se veían a lo lejos, o regresar humilladamente al país del hambre de donde habían venido y que —ése sí— era radicalmente indestructible por la bomba.

Alegres, pues, transcurrían los días del caballero, gozoso de su status confortable, calentado en la cama por varios cuerpos, consollado por ingestiones alcohólicas, reconfortado por la certidumbre de haber conseguido todo aquello gracias a un ingenio que le permitiera perfeccionar los métodos de captura y cría y aprovechamiento de pastos y piensos, como inteligente que era aunque no letrado, aureolado además por relaciones selectas, protecciones de otro mundo, que hasta su misma casa descendían a veces como las del cuasipariente Amador e incluso la del señor doctor que le había hablado de igual a igual, sin aparentar y sin hacer mención de las sensibles diferencias y hondos abismos que escinden las existencias de los situados a uno y otro lado de la barrera del color.

Más desgraciados que en otros países, tales conciudadanos del Muecas y Muecas mismo junto con los notables de la República, no podían atribuir la pertenencia a este o aquel mundo de los dos (al menos) que supuestos constituyen la realidad social de todas las ciudades, de todas las naciones, de todos los continentes al accidente (tan confortantemente accidental) del color de la piel y de las proporciones relativas entre la fibra muscular y la tendinosa de la pantorrilla, correspondientes a individuos de dos razas biológica-

mente bien definidas. Aquí, una cierta estrechez de las frentes (que quizá, bien vistas, resultarían dilatables) no era base suficiente para saberse otro. Príncipe negro y dignatario Muecas paseaba su chistera gris pelta y su chaleco rojo con una pluma de gallo macho en el ojal orgullosamente, entre los negritos de barriga prominente y entre las pobres negras de oscilantes caderas que apenas para taparrabos tenían. Cuando convocaba a reunión a sus pares negros (si no de chistera al menos de bombín) y jugaban a la brisca en el palacio de Mor-A-Pío, sabiendo que ellos estaban bebiendo mientras los hombres del común sólo podían elegir entre tomar el boniato crudo como postre o cocido en agua y sal como principio, llegaban a creer que el mundo está bien así, aunque ellos, los negros, notables ganaderos, mineros, comerciantes y vendedores de marfil y ébano al hombre-lejano-poderoso siguieran teniendo la piel negra felicisimamente negra, a diferencia de los seres astrales, marcianos o venusianos que, según los datos de su ciencia negra, habían de ser blancos, rubios y con los ojos alucinantemente azules. Y esta convicción de que el mundo estaba bien así aumentaba aún —más violentamente—, se convertía en evidencia para el Muecas cuando, ya de noche, saliendo de palacio, con calor en el interior del estómago, llegaba a la mansión residencial y tras comprobar la presencia de los tres cuerpos cálidos en el colchón, podía introducirse en aquel ámbito gratisimo con lo que su felicidad física aún crecía, bien fiera sencillamente y sin escándalo, bien —si mejor le parecía— después de haber repartido los golpes que le parecieran convenientes entre la grey soñolienta haciendo así otra vez evidente su naturaleza de señor. Si luego, en el momento delicioso de conciliar el sueño, aún llegaban los píos de los yeating, el Muecas se dormía no sólo feliz, groseramente feliz, sino hasta con una sonrisa de felicidad refinada en los ángulos de su recia boca trabajada por el tiempo y por la intemperie de una guerra y de dos paces dichosamente superadas.

Como noche de sábado, Pedro comió más rápidamente. En el comedor estaba detrás del matrimonio arrugadito y entre otras dos pequeñas mesas ~~ya~~ que se sentaban dos hombres solos. La pescadilla mordióndose la cola apareció sobre su plato, tan perfecta en sí misma, tan emblemática, que Pedro no pudo dejar de sonreír al verla. Comiendo esa pescadilla ~~comulgaba más íntimamente con la existencia pensional y se unía a la mesa de mártires de todo con-~~

fort que han hecho poco a poco la esencia de un país que no es Europa. El hervoros doméstico tenía una apariencia arónica, sonriente. No se movía la cola con verdaderas ganas, sino delicadamente, sólo lo necesario para que no se le escapara y volviera a estirar toda su larga estatura de pez inmovilmente marino, aún no del todo corrompido, blanco de carne pero con rubores amoratados donde la corrupción comienza. El limón exprimido para disimular lo que pudiera haber de non sancto le recordó la limonada agria que había tomado días atrás. Sacudió la cabeza y atacó la naranja fría. Entre los huéspedes corrieron los comentarios inútiles. La ciudad se movió con más apresuramiento que otros días pensando en la salida. Pedro se despidió. Renunció a la extraña tertulia de otras noches con las tres generaciones embobadas. Salió por el pasillo hacia su cuarto y al volver hacia la puerta de salida, la decana la salió al paso para decirle adiós, para recomendarle que se abrigara el cuello a pesar de que todavía no era invierno y para que no volviera demasiado tarde aunque al día siguiente fuera domingo.

Pedro bajó los tres pisos de oscura escalera iluminada apenas por antémicas bombillas. Los escalones de madera vieja oían a polvo, algunos crujían. En el descansillo de abajo una pareja de novios se apretaba en un rincón. La criada del piso de abajo y un soldado de paisano del mismo pueblo, saltó a la pequeña calle. Andando con paso rápido pasó ante una taberna con cabeza de toro. Llegó a la plazuela de Tirso de Molina. En la entrada del cabaret barato había ya algunos con aspecto de chulos, esperando que llegaran los primeros clientes. Siguió por una calle oblicua de escasa pendiente. El comercio de segundo orden de la calle tenía en su casi totalidad apagadas las luces. Alguna tienda solamente gastaba klowaritos. En un almacén confuso se acumulaban máquinas de hacer café de segunda mano y veladores viejos con silloncitos de mimbre. Llegó a la esquina de Antón Marín con su entrada de metro y con más luz. Había dos taxis parados y otro dando lentamente la vuelta. Algunas mujeres de aspecto inequívoco se estacionaban en las aceras o tomaban café con leche en turbios establecimientos con dorados falsos. Vendedores ambulantes de diversas especies ofrecían sus mercancías a pesar de la hora. Siguió adelante. De un café cantante barato salía una voz de gitano entonándose —quizá— para más tarde, pues aún no se veían parrotiguanos. Venía un arecillo cortante desde el este. Para evitarlo, dejó a un lado la cuesta de Atocha con